

JUAN GUILLERMO GÓMEZ GARCÍA

Profesor Universidad de Antioquia y Universidad Nacional (Medellín).
Premio Leopoldo Zea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia OEA

HEIDEGGER

El tema resulta aún hoy particularmente molesto dentro de los círculos heideggerianos. Tal vez en lengua española, *Heidegger y el nazismo*, de Víctor Farías, haya avivado y a la vez sofocado la llama de esta polémica todavía fundamental. Después de 1989, parecía que el incendio había quedado atrás. Alemania estaba electrizada por la visita de Gorbachov a Bonn, sus declaraciones sobre el desmantelamiento de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín. ¿A quién podría interesarle el caso Heidegger y su desgraciado rectorado de 1933? Hoy puede interesarnos nuevamente este episodio, entre abrumador y escandaloso, en virtud de la edición española de *Cuadernos negros*. Los extensos diarios filosóficos de Heidegger de los años treinta precisarían, por supuesto, de un ensayo sobre las tensiones que subyacen entre filosofía y nacionalsocialismo muy diferente al que queremos compartir aquí.

I

El compromiso de Martin Heidegger con el nazismo fue inequívoco. Este no se contrajo solo a la aceptación de la Rectoría de la Universidad de Friburgo y a su resonante “Discurso rectoral”. El nombramiento fue producto, entre otros factores determinantes, de la confianza que gozaba Heidegger entre los profesores adeptos al nacionalsocialismo y entre altos funcionarios en Berlín. Heidegger fue, en efecto, un activo miembro del partido nazi y sus actividades de adhesión al nacionalsocialismo están suficientemente documentadas. Heidegger tuvo estrechos contactos con Ernst Krieck y Alfred Baeumler, los dos más influyentes pedagogos del nazismo, poco antes del ascenso rectoral. Es sobradamente conocida la anécdota de Karl Löwith, discípulo de Heidegger, contenida en una postal enviada a Karl Jaspers en donde cuenta que su maestro, al dictar la célebre conferencia “Hölderlin y la esencia de la poesía” (2 de abril de 1936), en la Italia fascista, exhibía en el ojal, de modo ostensible, la cruz gamada. Heidegger tuvo otras actitudes verdaderamente reprochables como la persecución del afamado científico Hermann Staudinger, luego Premio Nobel de Química en 1953 (Ott, 1992, p. 12). Son múltiples los discursos y actos solemnes en que participó y expresó su abierta simpatía y compromiso con la revolución que encarnaba Adolf Hitler. Tratar de negar esto es tapar con un dedo el sol de los acontecimientos históricos.

En camino hacia su biografía, Hugo Ott detalló las circunstancias trágicas y no menos repelentes del vínculo del autor de *Ser y tiempo* con el nazismo. Heidegger adhirió oficialmente al partido nazi el 1° de mayo de 1933, ocasionado un enorme júbilo público. Tenido hasta ese momento como un filósofo apolítico, también la sorpresa cundió entre sus viejos estudiantes brillantes como Herbert Marcuse. Este acto ofrece la imagen de un profesor inofensivo en su laberinto de incertidumbres. Pero en ello hay poco de inofensivo o inconsciencia desorientada. Resulta absurdo aducir a su favor que Heidegger alegó *post factum* que la lectura del *Mein Kampf* le resultó repulsiva y que su rectorado solo tuvo la breve duración de once meses. Nunca Heidegger quiso disculparse de esta infausta conducta político-moral.

II

El acceso al rectorado, contra lo que luego quiso argumentar en su defensa Heidegger, no cayó del cielo, sino fue obra de una maquinación en que obraron no solo los ya citados Kriek y Baeumler, sino también el joven filólogo clásico Wolfgang Schadowaldt. Heidegger fue elegido rector el 21 de abril de 1933, por votación casi unánime del Consejo universitario, previamente retirados de sus cargos los profesores no arios (es decir, judíos, que incluía a los jubilados como a su maestro Edmund Husserl). El hijo del modesto sacristán de Meßkirch, su pueblo natal, ascendía a una posición de brillo social y notoriedad pública resonante, con lo que dejaba atrás su vida de oscuro estudiante becado de teología. Heidegger llegaba así a una cumbre que era mezquina y hasta impensable para un hombre de su modesto origen e unimaginable por sus inclinaciones políticas de derecha nacionalista dentro de la fallida República de Weimar. El acceso a la rectoría era el poder *par excellence* para refundar las bases de la nacionalidad extraviada desde los fundamentos de una filosofía del porvenir alemán solo para alemanes. Heidegger era el *Führer-Rektor* y eso no se lo quitaba nadie.

Preguntemos, por ociosidad, si le cuadraba el pomposo cargo rectoral al “pequeño mago de Meßkirch” —también apodado con afecto por sus estudiantes: “el sabio del tiempo”—. Uno de sus más brillantes estudiantes, Karl Löwith, hace una estampa del maestro en *Un testimonio*: “Cuando lo visité en su despacho de rector, en 1933, estaba sentado como perdido,



malhumorado e incómodo por la amplitud de su elegante despacho. Su modo de hablar y sus gestos delatan su malestar. Él mismo realzaba su originalidad con su modo de vestir: una chaqueta como la de los campesinos con anchas solapas, sobre una camisa con cuello a lo militar, y calzones cortos, todo de marrón oscuro. Un vestuario aparentemente de 'ser propio' con el que 'se' pretendía molestar, y del cual nosotros, por aquel entonces, nos reíamos, entre otras cosas, porque no reconocíamos todavía el particular compromiso de su ropa con el traje civil y el uniforme de la SA [*Sturmabteilung*: destacamento de asalto]" (Löwith, 1992, p. 65).

El celo de Heidegger, como rector de la Universidad de Friburgo, fue proverbial. Introdujo las prácticas de adiestramiento militar para los estudiantes que hacían parte del destacamento de asalto. Eran ejercitaciones paramilitares que incluían el saludo con la mano en alto y el grito de *Sieg-Heil* [victoria-sagrada] en las ceremonias universitarias o el estímulo de los deportes marciales al aire libre, dentro de los profesores, bajo el monitoreo del ejército del Reich y las SS [*Schutzstaffel*: escuadras de protección]. A estas prácticas comunes, Heidegger agregó la idea de los campamentos científicos (especie de pijamada, pero entre profesores y estudiantes) que tuvieron lugar en su cabaña de Todtnauberg entre el 4 y el 10 de octubre de 1933. Serían estos campamentos la cúspide del retozo de camaradas que reinventaban entusiastas el nuevo mundo anticristiano y antipositivista que subyacía a la filosofía heideggeriana. También fue ocasión para que Heidegger, en fuertes tensiones con la Facultad de Derecho, sostuviera su correspondencia con Carl Schmitt, en la que le brindaba una orientación científica y pedagógica adecuada a las circunstancias.

Heidegger se vio atrapado en los férreos requerimientos de la politización total que demandaba el Estado nazi y sus mil tentáculos. En esta criba el pasado no perdonaba. Todo debía regirse por el *Führerprinzip*. Así fue el caso, escandalosamente célebre, de la destitución del profesor Staudinger ("operación Sternheim", en clave de los servicios secretos), que revela el rostro más comprometedor de la actuación, como colega, de Heidegger en su calidad de *Führer-Rektor*. Staudinger era acusado por la Gestapo de haber sido un pacifista y hasta anti-patriota en los años de la Primera Guerra Mundial. Heidegger se limitó a concluir: "Creo que lo más conveniente sería la destitución, en lugar de la jubilación anticipada. *Heil Hitler!*" (Escrito del 10 de febrero de 1934, citado por Ott).

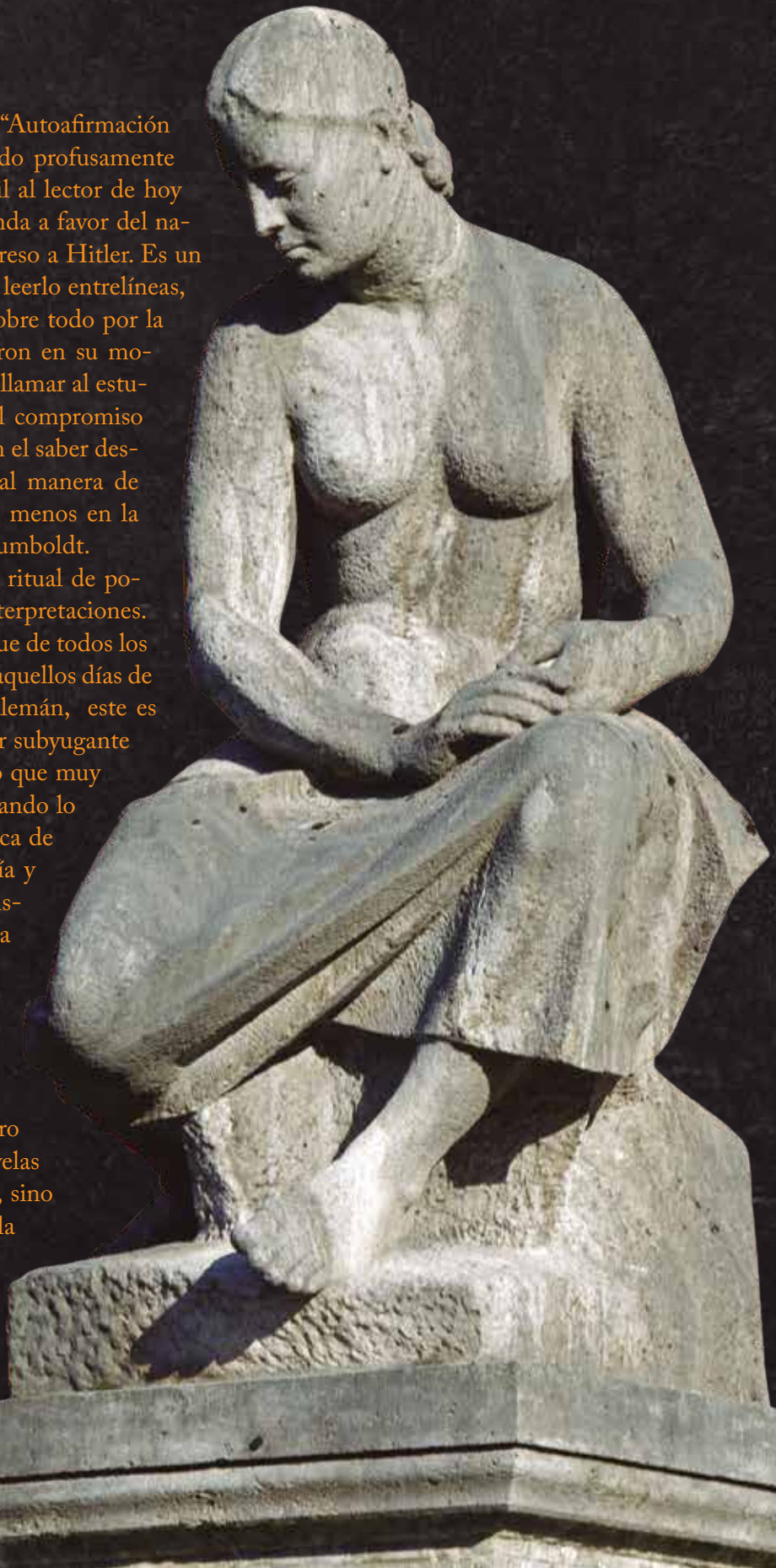
Teniendo estos datos a la mano, es fácil inferir que Heidegger no solo no llegó a la rectoría de la Universidad de Friburgo por razones providenciales, sino que lo hizo en forma muy calculada y con decisivo ímpetu. Su revolucionario discurso de posesión y sus prácticas universitarias no menos revolucionarias fueron hitos consecuentes que encajaban con ese exacerbado ánimo colectivo y no pudieron pasar desapercibidos por provenir de quien provenía, el filósofo más prominente de Alemania.

III

El discurso conocido como la “Autoafirmación de la Universidad alemana” ha sido profusamente comentado. Sin embargo, es difícil al lector de hoy ver en él una vehemente propaganda a favor del nacionalsocialismo y un aplauso expreso a Hitler. Es un discurso que sorprende, no solo al leerlo entrelíneas, para inferir mil conjeturas, sino sobre todo por la triada de propuestas, que parecieron en su momento coherentes y llamativas. El llamar al estudiantado al compromiso social, al compromiso con las armas y al compromiso con el saber desbordaba, sin duda, la convencional manera de definir el espíritu universitario, al menos en la tradición alemana que parte de Humboldt.

El lenguaje en que envolvió el ritual de posesión sigue siendo objeto de interpretaciones. “No cabe duda”, escribe Ott, “de que de todos los discursos rectorales sostenidos en aquellos días de mayo de 1933 en todo el *Reich* alemán, este es el único que sobresale por el poder subyugante de su pensamiento; es un discurso que muy pocas personas comprendieron cuando lo escucharon, porque llevaba la marca de la habitual dificultad de la filosofía y el lenguaje de Heidegger. Es un discurso que seguramente no podía menos de ser malentendido y mal interpretado puesto que había sido escrito desde el trasfondo de ese metalenguaje; como escribía Heidegger más tarde, habían sido palabras echadas al viento, claro que no al viento que hincha las velas empujándolas a grandes travesías, sino al viento que todo se lo lleva y sopla en vano” (Ott, 1992, p. 12).

Con matices diferenciales, se expresa el biógrafo Rüdiger Safranski, en su muy divulgado *Un maestro de Alemania. Heidegger y su*



Monumento a los caídos de la universidad, Arnold Rickert (1928), Universidad de Freiburg

tiempo (2015), sobre la repercusión del “Discurso rectoral”: “Las reacciones inmediatas fueron muy entusiastas. La prensa local y periódicos nacionales describieron el Discurso como un acontecimiento grande, pionero. El periódico del Consejo de estudiantes nazis alertó sobre el oportunismo de muchos científicos, que solo se adaptaban superficialmente a las nuevas circunstancias, y resaltó como excepción positiva el Discurso rectoral de Heidegger; en él se expresaba el espíritu de irrupción y revolución en forma objetiva. El mismo periódico en 1934 *Volk im Werde*, editado por Ernst Kriek, quien entretanto se había convertido en enemigo de Heidegger, publicó un artículo de un tal Heinrich Bornkamm, en el que decía: ‘De toda la numerosa literatura sobre las universidades de estos tiempos, ofrece el Discurso de Heidegger como rector de la Universidad de Friburgo, según puedo ver, la más importante contribución’” (p. 288).

El “Discurso” de Heidegger, agreguemos nosotros, es enfático, sorprendentemente claro, en muchos pasajes, poco evasivo, en otros, con la singularidad de su búsqueda filosófica de ese momento, que en líneas generales, aunque con la distancia que ya lo había singularizado, brotan de las suscitaciones de la fenomenología husserliana. La crisis de la ciencia moderna, por su anclaje técnico-matemático, es el pivote de la discusión epistemológica, que no hace sino reafirmar una honda crítica, que se puede rastrear, al menos, en los antecedentes más inmediatos, en un Dilthey. Heredero de esta tradición filosófica (vitalismo diltheyano y fenomenología husserliana), no es más que forzosamente consecuente que Heidegger remita “al inicio de nuestra experiencia histórico-espiritual” a la filosofía griega. Ella significó una ruptura de un pueblo “que se erige por primera vez frente al *ente en su totalidad*, cuestionándolo y concibiéndolo como el ente que es” (Heidegger, 2009, p. 9). Esta crisis de la ciencia moderna ha generado una crisis más profunda, la crisis de la concepción del hombre, el mundo, el pueblo, el Estado. Rearmar el rompecabezas de la modernidad, reafirmar una identidad perdida en los laberintos del hombre cristiano-moderno, precisa de un esfuerzo supremo (una energía empecinada) que logre rearticularnos en un centro que abarque en rigor toda la existencia.

La universidad alemana, para el pueblo alemán y en especial para el Estado alemán de entonces, sabrá preservar a los alemanes de esta hora suprema, en que la historia parece reconciliarse con el ser, como destino manifiesto. Luego de dos milenios y medio de extravíos, se está ante una revolución inminente, ante una recuperación de los orígenes greco-alemanes. La pregunta fundante: “la suprema figura del saber”. El acontecer de la develación del ser se acotaba al pueblo alemán como comunidad histórica propicia a ese evento de excepción. La reanimación de la Antigüedad presocrática es la misión superior, en exclusiva, del pueblo alemán. Presentada así la cuestión del “Discurso”, este aparenta ser un solemne y sublime acto protocolario en los albores de la orgía demencial del nazismo alemán, es un yerro o un desliz, con graves consecuencias posteriores para el pensador de *Ser y tiempo*.

El más significativo concepto heideggeriano, *Dasein* [estar-allí], para referirse a la condición humana de actual desarraigo, aparece en el “Discurso” en veintidós ocasiones. Solo se menciona en una ocasión un filósofo alemán, Nietzsche, y su famosa frase “Dios ha muerto”. La frecuencia de los conceptos polémicos (lucha, pueblo, Führer) y su combinación en medio del breve texto de escasas tres mil palabras, podrían dar un indicio más apropiado de los contenidos expresos e intenciones políticas de este discurso. En realidad el lenguaje contencioso está trasfigurado por la característica terminología heideggeriana, no de fácil acceso, pero al fin es un lenguaje de elevado llamado al compromiso por la gran cruzada nacionalista, un lenguaje de combate, de lucha, de entrega y sacrificio extremos. Es un lenguaje contencioso de encrucijada y de definitiva decisión (decisionista *in extremis*).

El “Discurso” de Heidegger fue pues un texto filosófico y político. Sobre su sustancia filosófica insiste Heidegger mismo en el texto “El Rectorado”, escrito una década después, como respaldo a su tesis central del fundamento de la ciencia y la esencia de la verdad como base de los estudios universitarios. El tema dominante fue el nihilismo en la era del gran desarrollo tecnológico. A ello subyacía la experiencia de Nietzsche. La muerte de Dios o nihilismo también acompañó la reflexión de Ernst Jünger en *La movilización total* y en *El trabajador*. Lo que ve Jünger, dice Heidegger, “es el dominio y la figura del trabajador y lo que ve a la luz de estas ideas es el dominio universal de la voluntad de poder en la historia, vista en su extensión planetaria”. Esto es válido para el comunismo, el fascismo o el liberalismo burgués; también razón para justificar las guerras mundiales.

La insistencia sobre el nihilismo producido por el dominio planetario de la técnica, hace de la historia universal un destino del todo negativo. En lugar del reencuentro entre el ser-ahí y el nacionalsocialismo. Heidegger vio un peligro inminente en la técnica en su imparable poderío (burocracia inmensa, poder militar abrumador, dictadura de los medios de comunicación) que pervierte toda acción política. Las potencias solo se movilizan bajo el postulado “metafísico” de que lo justo es aquello que les confiere más poder. Esta nueva fase de la ocultación del ser —su deshumanización o desarraigo— parece inaugurar una nueva época inciertamente larga y muy oscura a la humanidad. Cada vez pareció Heidegger aferrarse más a una esperanza incierta: el retorno de los dioses, en el sentido que deseamos dar a esta potente metáfora. Todo ello un conmovedor desastre. ■

Referencias

- Hugo Ott (1992). *Martin Heidegger. En camino a su biografía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Karl Löwith (1992). *Mi vida en Alemania antes y después de 1933. Un testimonio*. Madrid: La Balsa de la Medusa.
- Martin Heidegger (2009). *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del Spiegel*. Madrid: Tecnos.
- Rüdiger Safranski (2015). *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*. Buenos Aires: Ed. Austral.